



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baibars”



VI – Muerte en el hamam

15 – Regalos envenenados

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 2020

Número de páginas: 7

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

15 – Regalos envenenados

Aïbak, en una magistral jugada de la reina Shayarat Al-Durr, el día de su boda, ve cómo la enorme fortuna de la reina se le escapa ante sus narices, y va a parar a las manos de Baïbars...



A la mañana siguiente, los visires, emires y dignatarios se presentaron en el salón de recepciones, que daba sobre la puerta del harén. Cuando todo el mundo tomó asiento, el sheij de El-Azhar redactó formalmente el contrato matrimonial; luego, se trajeron bandejas cargadas con los más refinados manjares y los más exquisitos dulces. Una vez que todo el mundo estuvo satisfecho y se lavaron las manos, les ofrecieron magníficos refrescos, perfumados con agua de rosas y almizcle. Más tarde, cuando estaban a punto ya de marcharse los asistentes a la ceremonia, la reina Shayarat El-Durr, velada de pies a cabeza como manda la ley, apareció de improviso a la puerta del harén y avanzó hasta el salón. Al reconocer de quién se trataba, los dignatarios se levantaron en su honor, y se mantuvieron de pie ante ella, con la mirada discretamente baja.

- Grandes del reino, ¿sabéis quién soy yo? –les preguntó.

- Sí –respondieron todos al unísono– Tú eres, sin lugar a dudas, la reina Shayarat El-Durr, hija del rey El-Awhad y esposa de nuestro señor y benefactor, el difunto El-Sâleh Ayyûb, que la misericordia de Dios sea sobre él.

- Sabed, primos míos, que estoy en posesión plena de todas mis facultades, físicas y mentales, y que no estoy constreñida por ninguna incapacidad jurídica; así que os pongo a todos por testigos de que he vendido todos mis bienes, propiedades y posesiones, incluido el dinero que acaba de darme Aïbak, y hasta los vestidos que llevo, al emir Baïbars, por una suma que certifico haber recibido por adelantado y distribuido entre los pobres y desfavorecidos¹; de suerte que, si yo muero, y si este hombre se encarga de mis funerales, eso será por su parte, una obra de caridad, y nadie, absolutamente nadie, podrá pedirle cuentas; sean los príncipes kurdos ayyubíes, o cualquier otro. Cadí, redacta el documento legal que recoja todo lo que acabo de exponer, y entrégaselo a Baïbars en el acto.

¹ En realidad, se trata de una venta ficticia, para realizar una donación irreversible; ya que el derecho musulmán estipula que, en caso de una donación simple, el donante (o sus herederos) puede, en determinadas circunstancias, reclamar la restitución.

El cadí y el muftí prepararon el documento al instante, sobre el que todos los presentes estamparon su sello antes de entregárselo a Baibars. Hecho esto, la reina se retiró al harén, e hizo que entregaran un presente a cada uno de los invitados; tras lo cual, todos se marcharon a sus respectivas casas.

Qalaûn, corrió a poner al corriente de esta noticia a Aïbak. Éste, furioso de ver la fortuna de la reina desaparecer ante sus narices, a punto estuvo de ahogarse de la rabia que le poseía. Para vengarse, ordenó que avisaran a la recién desposada de que fuera preparándose, pues él pretendía consumir el matrimonio esa misma noche. Llegada la noche, Aïbak penetró en el harén, rodeado de la corte deferente de eunucos, y encontró a la reina que le estaba esperando, sentada en un espléndido diván, tal que un tesoro inabarcable.

Al contemplarla así, tan altiva e imponente, el pobre Aïbak perdió toda su seguridad; acercándose a ella, la saludó muy envarado, y pidió permiso para sentarse a su lado. La reina, a su vez, se levantó, le devolvió el saludo, y le hizo una señal de que podía sentarse en el diván. Los sirvientes trajeron una bandeja llena de golosinas, y luego se retiraron, dejando tras de sí un silencio glacial.

Deseoso de entrar en materia, Aïbak se quitó la magnífica pelliza de piel cibelina que llevaba y se la puso a la reina sobre los hombros; también depositó ante ella un magnífico casquete de diamantes, que valía, al menos, mil piezas de oro. Hecho esto, tomó un dulce de la bandeja y se lo ofreció a Shayarat El-Durr; pero ésta lo rechazó.

- Venga, pero ¿qué te pasa, damisela mía? –le dijo Aïbak que comenzaba ya a impacientarse–. ¿Por qué te haces la remilgada? ¡Al fin y al cabo, es tu segundo matrimonio, y no te me vas poner ahora a jugar a las vírgenes gazmoñas!

En resumen, que le hizo todo un cortejo propio de un patán, totalmente indigno de una majestad real, y de los que incluso repugnan al más común de los mortales. La reina, ofendida, se volvió sin decir nada adonde estaban las damas de compañía y los criados, y les hizo una señal para que echaran de allí a aquel bastardo; así que el gran eunuco trajo de inmediato las babuchas a Aïbak.

- Con tu permiso, oh Comendador de los creyentes, dignate venir por aquí –le dijo señalándole con firmeza la puerta–. Hoy, no has obtenido el favor de quedarte con la reina; puede que en otra ocasión tengas más éxito.

Furioso y humillado, Aïbak se levantó, se calzó sus babuchas, y abandonó el aposento echando pestes por lo bajo:

- ¡*Allah bala versen*¹! ¡Jodida noche de bodas!

Aïbak se refugió en el salón de recepciones, en donde pasó la noche solo, rumiando su decepción. A la mañana siguiente, se presentó ante el Consejo y se sentó en su trono, con aire malhumorado y melancólico; pero no se atrevió a contar a nadie

¹ “¡Dios te maldiga!” es un juramento turco.

sus cuitas de la noche de bodas, por miedo a parecer ridículo ante los grandes del reino. No volvió a intentar introducirse donde la reina, y se conformó con dormir en el salón de recepciones.

Por su parte, la reina Shayarat El-Durr quería enviar un regalo al emir Baïbars, tal y como lo exigían el uso y las buenas costumbres, por haber servido de apoderado en la boda.

- Decididamente –se dijo la reina–, no sabría encontrar mejor regalo para Baïbars que esta pelliza de cibelinas y el bonete de diamantes que me dio ayer Aïbak; seguro que le gustará.

Así que hizo que se lo mandaran, junto con otros objetos de valor, que envolvió en un paquete y confió al gran eunuco, el agha Yawhar.

- Vete a llevar esto a tu señor, el emir Baïbars –le ordenó la reina.

Yawhar salió del harén, con su paquete en la mano, y fue a dar de manos a boca con Aïbak.

- ¿Adónde vas? –le preguntó Aïbak– ¿y qué llevas en ese paquete?

- Mi señora me envía a entregar esto a Baïbars; es el regalo de costumbre, por haber hecho de su apoderado. Y no sé lo que hay en el paquete: me lo dio ya cerrado.

Aïbak no encontró nada que objetar; ¡pero es evidente que, si hubiera sabido que el paquete contenía la pelliza de cibelinas y el casquete de diamantes, ese encuentro no habría quedado así!

Con que el eunuco se fue al palacio de Baïbars, en donde le entregó el paquete, después de besarle las manos; Baïbars le dio las gracias y una propina y le despidió amablemente; luego, abrió el paquete y encontró la pelliza y el casquete. Imaginándose que se trataba de reliquias del difunto rey El-Sâleh, se puso la pelliza y, colocó el casquete en la guarda de su puñal, pensando conseguir de ese modo, las bendiciones del difunto.

- Si no los llevo encima –se dijo para su colete–, la reina puede pensar que he rechazado su presente, o que no me gusta.

Cómo iba a figurarse, el pobre infeliz, los problemas que ese gesto iba a causarle...

A la mañana siguiente, Baïbars montó en su cabalgadura y se marchó al Consejo, como de costumbre. Con el corazón en paz, entró en el salón y se sentó a la derecha del trono, en su calidad de gran visir. Pero, Aïbak, al verle llevar tan orgullosamente la pelliza y el casquete que él, había regalado la noche antes a la reina, a punto estuvo de atragantarse y perecer de rabia; literalmente, hervía de un furor y una humillación que sentía aún más dolorosa que la mordedura de un sable. No obstante, consiguió contenerse hasta el final de la sesión, y cuando los grandes del reino y los dignatarios hubieron abandonado el salón, hizo una señal a Qalaûn de que le siguiera a sus aposentos privados.

Se encerró con Qalaûn a solas, y se desahogó confesándole todo los que le corroía las entrañas: a tal punto estaba devorado por los celos y la amargura, que ya ni siquiera disimulaba nada, ni el asunto de la pelliza y el casquete, en el que veía un complot entre Baïbars y la reina para ridiculizarlo, ni la forma en que ésta le había arrojado fuera de la habitación la noche de bodas.

- ¡Todo lo que me pasa es culpa tuya! –concluyó Aïbak–. Por seguir tus consejos yo me he embarcado en esta galera. Así que ahora ¡más vale que te las arregles para encontrar un medio de liquidar a Baïbars, o, te juro que hago que te corten la cabeza, confisco tus bienes y liquido a toda tu familia a golpe de espada!

- ¡Vamos, vamos! ¡que no es tan difícil! –respondió Qalaûn–. Y de entrada... ¿qué es ese Baïbars a tu lado?; ¡tú, el rey de todos los países del Islam! Él no es más que otro esclavo; solo eso. Tú no tienes más que apostar a quinientos hombres a la puerta de la Ciudadela: cuando Baïbars venga al Consejo, se lanzan sobre él, le dan muerte, y tú te quedas tranquilo de una vez por todas. O bien, puedes mandarle al exilio, lejos de esta ciudad, dando orden a todos los gobernadores de provincia, de que lo maten en cuanto pise su territorio.

- Sí, es una buena idea –asintió Aïbak.

Con que decidieron llevar a cabo de inmediato ese plan, olvidando que las criaturas no son más que peones en las manos del Creador, y que nadie podría matar a su semejante, si Dios no lo hubiera ordenado de ese modo.

Así que, Aïbak hizo venir a quinientos hombres de su guardia personal, y les ordenó que se emboscaran a la entrada de la Ciudadela.

- En cuanto veáis llegar a Baïbars, os arrojáis sobre él y lo matáis –concluyó–. ¡Y yo os juro sobre mi cabeza, que después de eso, podéis pedirme todo lo que queráis!

Los soldados se retiraron, después de jurar obediencia, y multiplicando la seguridad del éxito de su empresa.

Pero, hete aquí que uno de los mamelucos de esta misión era un antiguo soldado de Baïbars, al que había quedado muy unido; así que la idea de participar en su asesinato no le gustaba nada. Entonces, redactó un mensaje desvelando todos los detalles del complot; luego, caída la noche, se vistió con el uniforme de los mamelucos de Baïbars y, disfrazado de esa manera, se presentó en el serrallo de Bâdîs. Le introdujeron ante el maestro de ceremonias, al que hizo una profunda reverencia, le entregó la misiva, y se marchó sin decir palabra. Baïbars cogió la carta, la abrió y, leyéndola rápidamente, la rasgó y arrojó al fuego. Hecho esto, llamó inmediatamente a su hermano el shâh Taqtemûr y a su sobrino, el shâh Edaghmûsh, así como al shâh Qafyaq el Dailamita y a sus otros lugartenientes.

- Mañana nos vamos de viaje –les dijo–. Haced vuestros preparativos y partid a montar vuestras tiendas fuera de la ciudad. ¡Yo voy a mostrar a ese canalla de Aïbak con qué leña me caliento!

Después, reunió todos sus bienes, monedas de oro, vestiduras preciosas, vajilla de oro y de plata, y los depositó en la cripta secreta de su palacio (seguro que la recordáis)¹. Hecho esto, cerró la puerta, puso su sello en la cerradura, y tabicó la abertura. Lo mismo hizo con la puerta de entrada al serrallo de Bâdîs, y luego, tomó el camino de la Ciudadela; detrás de él, como un bosque de acero, marchaba su escolta, compuesta por quinientos caballeros de élite, armados de pies a cabeza, junto con Otmân y Harhash, cada uno, seguido de sus cuarenta truhanes armados con garrotes de hierro.

- Si llegamos a las manos –les había recomendado Baïbars–, atacad sólo a Aïbak y a los perros que están de su parte; pero guardaos de hacer ningún daño a los demás.

Cuando llegó a la Ciudadela, los hombres de Aïbak que estaban emboscados, al ver que Baïbars venía acompañado de una sólida escolta dispuesta a pelear, se cuidaron de asomar ni la punta de la nariz; de hecho, estaban tan muertos de miedo, que no podían ni moverse. Y Baïbars penetró en la sala del Consejo y se puso ante Aïbak, diciendo:

- Y bien –le lanzó sin tan siquiera saludarle–, ¿dónde están tus asesinos? ¡Por lo visto no se atreven a salir de sus madrigueras! Pero no te voy a hacer ningún reproche, porque ni siquiera eres digno de eso: ¡al que hay que condenar es al que pone la piedra preciosa en el collar del perro! ¡Es a mí, que te hice sultán y te di el poder sobre las criaturas de Dios! ¡A mí, que puse en tu mano la espada con la que ahora me combates!

Al escuchar estas palabras, Aïbak fue preso de una violenta cólera, hasta el punto que todo ante sus ojos fueron tinieblas, pero no se atrevió a plantar cara, pues mucho temía a su adversario: éste, bien lo sabía él, era capaz de mandarle a la otra vida. De modo que se limitó a decirle:

- No tengo ninguna necesidad de ti, ni de tus servicios, y no quiero verte más aquí, cerca de mí. ¿Por qué no te vuelves a tu país?

- ¡Ojalá te caiga sobre tu cabeza, y sobre la de todos los hipócritas que son como tú! –replicó Baïbars–. Sí, me voy de aquí ahora mismo. Pero, no obstante, una última cosa: si en algún momento se te ocurre querer apoderarte de mi palacio, no olvides que los tesoros que allí se encuentran no son de mi propiedad, sino que pertenecen a estos príncipes –añadió, señalando a los príncipes kurdos ayyubíes.

Dos días después de su partida, Aïbak manifestó la intención de abrir el serrallo de Bâdîs y apoderarse de los tesoros que contenía. Pero, inmediatamente se lo impidieron los príncipes kurdos ayyubíes, a los que acompañaron los visires y emires de su partido.

¹ Ver *Los bajos fondos de El Cairo*.

- ¡Alto ahí, Aïbak! ¡Menos prisas! –le soltaron–. ¡No olvides que este palacio y sus tesoros nos pertenecen!

No atreviéndose a pasar a la acción, Aïbak tuvo que dejarlo estar, pero le poseyó tal ataque de rabia y frustración, que envió un firman de sultanato a todos los virreyes de Siria, ordenándoles que, si Baibars pasaba por su territorio, lo mataran.

**** *
**** *
**** *
**** *
**** *

Próximo relato de “Muerte en el hamam”

VI.16 ~ “Más regalos envenenados”